

Las Amenazas Vacías de Trump: El Gambito de Gaza y las Últimas Ilusiones de un Imperio Moribundo

*Renan Guevara
8 de febrero de 2025*

El presidente de Estados Unidos, Donald Trump, ha afirmado que el país tiene la intención de tomar el control de la Franja de Gaza y expulsar a la población palestina. Si bien dicha declaración ha generado una preocupación generalizada, la cuestión fundamental es por qué tantos continúan asumiendo que Estados Unidos conserva la capacidad unilateral de dictar los asuntos globales. En última instancia, que Trump se tome o no en serio esta afirmación resulta irrelevante. La idea de que las declaraciones estadounidenses por sí solas pueden moldear los acontecimientos internacionales refleja una cosmovisión obsoleta, incapaz de reconocer las dinámicas cambiantes del poder global.

La evidencia empírica demuestra que Estados Unidos ya no goza de la dominación indiscutible que alguna vez tuvo. Basta considerar, por ejemplo, su ocupación militar en Afganistán, que se extendió por dos décadas. A pesar de importantes inversiones y esfuerzos estratégicos para desmantelar al Talibán, dicho grupo finalmente regresó al poder tras la retirada estadounidense. De manera similar, el objetivo de larga data de Washington de derrocar al presidente sirio Bashar al-Assad —que se remonta a 2011— no se logró mediante la intervención estadounidense, en su pico final, fue a través de las acciones de potencias regionales como Turquía, Qatar y Arabia Saudita. Además, el actual gobierno sirio está integrado por individuos a quienes Estados Unidos designó previamente como terroristas, una clasificación que posteriormente fue revocada.

Más allá de Oriente Medio, numerosos casos ponen de relieve las limitaciones de la influencia estadounidense. En Venezuela, Estados Unidos no ha logrado sacar a Nicolás Maduro del poder y, desde entonces, ha entablado negociaciones diplomáticas con su gobierno. Los esfuerzos por imponer su influencia en Bolivia, Georgia, Kazajistán, Hungría, Moldavia, Níger, Burkina Faso, Malí, Etiopía y Guinea han fracasado de manera similar. Incluso en Ucrania, Estados Unidos no ha logrado obligar a Rusia a retirarse, a pesar del significativo apoyo militar y económico brindado a Kíev. El efecto acumulativo de estos desarrollos geopolíticos sugiere que la era en la que Washington podía dictar de manera unilateral el curso de los acontecimientos globales ya ha quedado atrás.

El declive de la hegemonía estadounidense y la retórica hueca de Trump

La percepción de la supremacía estadounidense siempre se ha fundamentado en el poder relativo y no en el absoluto. Estados Unidos nunca fue invencible; simplemente, tras la Guerra Fría, no se encontró con competidores globales serios. Durante ese período, la Unión Soviética representaba el único rival genuino de Washington. Sin embargo, incluso en el apogeo de su poder, Moscú carecía de paridad con Estados Unidos en ámbitos clave, tales como la producción económica, la innovación tecnológica y la influencia global. No obstante, su sola existencia fue suficiente para impedir que Estados Unidos alcanzara una hegemonía

mundial completa. La Unión Soviética colapsó, en última instancia, no a causa de la fortaleza estadounidense, sino debido a fallos estructurales internos —planificación central ineficiente, gastos militares excesivos, corrupción, estancamiento económico y fracasos en las reformas, como la perestroika—. Así, Estados Unidos no "derrotó" a la Unión Soviética; más bien, sobrevivió a un sistema que ya estaba en decadencia.

Tras el colapso soviético, Estados Unidos emergió como la superpotencia predeterminada del mundo, no por una fuerza inigualable, sino porque no quedaban competidores viables. Sin embargo, esa era ha llegado a su fin de manera definitiva. Incluso el secretario de Estado de EE. UU., Marco Rubio, ha reconocido que la unipolaridad estadounidense fue una anomalía histórica, que ahora ha quedado relegada al pasado. La imagen de Estados Unidos como una fuerza global inatacable solo pudo sostenerse en ausencia de competencia. Hoy en día, múltiples actores desafían el dominio de Washington: China, a través de sus avances económicos y tecnológicos; Rusia, mediante sus estrategias militares y geopolíticas; y el amplio Sur Global, que se ha alineado cada vez más con estructuras de poder alternativas, como los BRICS. Estados Unidos ha batallado para contrarrestar estos desafíos emergentes, lo cual pone de relieve las limitaciones de su influencia.

Rusia, en particular, ejerce una influencia estratégica considerable a pesar de contar con una economía relativamente más pequeña. Aunque la economía rusa sigue siendo significativamente inferior a la de Estados Unidos, sus alianzas estratégicas y relaciones económicas continúan frustrando los esfuerzos de Washington por mantener su hegemonía. Las narrativas históricas en torno a la destreza militar estadounidense también requieren una reevaluación. Por ejemplo, si bien la Segunda Guerra Mundial suele presentarse como una victoria decisiva de Estados Unidos, fue, en realidad, la Unión Soviética la que infligió la gran mayoría —aproximadamente el 80%— de las bajas del régimen nazi en el campo de batalla. La idea de que el heroísmo al estilo hollywoodense fue el factor determinante en la derrota de Hitler constituye una narrativa revisionista, más que una evaluación objetiva de la realidad histórica.

En definitiva, gran parte de la fuerza atribuida a Estados Unidos ha sido exagerada. El poder que alguna vez ostentó siempre dependió de la ausencia de competidores viables. Ahora que han surgido centros de influencia alternativos, el mito de la supremacía estadounidense ha sido desenmascarado. De este análisis se derivan dos conclusiones clave. Primero, Estados Unidos nunca fue tan omnipotente como a menudo sugiere el discurso popular. Segundo, la dominancia que alguna vez poseyó está en fuerte declive, un proceso que se ha venido gestando durante años.

Existe una distinción fundamental entre el poder y el peligro, Estados Unidos ha sido a menudo peligroso, pero no necesariamente poderoso. Estados Unidos ha demostrado a lo largo de su historia ser una nación peligrosa, pero no necesariamente poderosa en un sentido estratégico. Su política exterior ha estado marcada por intervenciones militares brutales y destructivas, como en Vietnam, Irak y Afganistán, donde el uso de la fuerza ha sido desproporcionado y, a menudo, carente de una estrategia coherente que garantizara el éxito a largo plazo. Su historial de apoyo a dictaduras y regímenes represivos, desde Pinochet en

Chile hasta los Contras en Nicaragua, ilustra cómo el gobierno estadounidense ha priorizado el control y la imposición de su voluntad sobre el desarrollo de alianzas legítimas y sostenibles. En lugar de ejercer un liderazgo basado en la cooperación y el respeto mutuo, ha recurrido a la manipulación mediática y al miedo, como en la denominada "Guerra contra el Terrorismo", para justificar su agresión y su injerencia en asuntos internacionales. La violencia ha sido un instrumento recurrente de su política exterior, pero lejos de consolidar su poder, muchas de estas acciones han resultado en fracasos estratégicos que han socavado su posición global. Estados Unidos, en suma, ha sido peligroso, pero rara vez ha demostrado una valentía estratégica que trascienda el mero uso de la fuerza.

Hoy, con el ascenso de China, el bloque económico de los BRICS y una creciente autonomía regional en todo el mundo, Estados Unidos se ve obligado a retirarse, pues carece de otra alternativa. Sin embargo, es crucial reconocer que estos cambios no implican necesariamente una retirada inevitable por parte de Estados Unidos, sino que evidencian la complejidad y la interdependencia que definen las relaciones internacionales contemporáneas. Las discusiones sobre la rivalidad con China, ya sea en el contexto de la cuestión de Taiwán o de tensiones geopolíticas más amplias, a menudo adoptan un tono retórico que simplifica en exceso las dinámicas subyacentes. La evidente reticencia de Washington a entablar un conflicto militar directo con Beijing—como se observa en su manejo de la situación con Rusia en Ucrania—sugiere una preferencia por estrategias indirectas. En este sentido, el empleo de terceros como escenarios de conflicto, tal como ocurre en Ucrania, evidencia la tendencia a recurrir a guerras subsidiarias, a pesar de las devastadoras consecuencias para las poblaciones locales. Asimismo, cabe considerar que China podría optar por ejercer presión sin necesidad de recurrir al enfrentamiento militar; por ejemplo, mediante la restricción de las exportaciones de minerales de tierras raras—componentes críticos para la industria y la defensa estadounidenses¹—se podrían generar efectos inmediatos y significativos sobre sectores estratégicos.

La retórica de Trump frente a la realidad global

El poder que Estados Unidos ostentaba en el pasado resultaba, en gran medida, ilusorio. Incluso en su apogeo, la nación no fue tan dominante como sugerían sus narrativas políticas y mediáticas. Por consiguiente, cuando figuras como Trump —o cualquier otro líder político estadounidense— emiten pronunciamientos acerca de lo que pretenden imponer al mundo, tales declaraciones han perdido el peso que alguna vez tuvieron. La era en la que las declaraciones de Estados Unidos funcionaban como directrices de facto para la comunidad internacional ha concluido.

Los comentarios de Trump respecto a la expulsión forzada de palestinos de Gaza no difieren significativamente de aquellos pronunciados por el presidente Biden. Este último, asimismo,

¹ A pesar de contar con yacimientos nacionales (por ejemplo, Mountain Pass en California), EE. UU. depende en gran medida del procesamiento y refinamiento de tierras raras realizado en China, que concentra entre el 60% y el 80% de esta capacidad a nivel mundial. Esta dependencia estratégica crea vulnerabilidades en sectores críticos como la defensa y la alta tecnología.

propuso reubicar a los palestinos en Egipto o Jordania, propuesta que fue recibida con un rechazo tajante. El rechazo de tales propuestas refleja una realidad más amplia: los líderes estadounidenses, sin importar su afiliación política, no poseen el poder unilateral para dictar los acontecimientos globales. La retórica de Trump puede resultar provocativa, pero su capacidad para implementar tales políticas es prácticamente nula.

Más aún, la propia naturaleza de la sugerencia de Trump —ya sea que se la interprete como seria o no— equivale a una defensa del genocidio, la limpieza étnica y los crímenes de lesa humanidad. El mero hecho de proponer tales medidas resulta profundamente inquietante. Cualquier acción concreta encaminada a promover esta agenda ameritaría un procesamiento ante la Corte Internacional de Justicia (CIJ). No obstante, este caso no es una excepción. Ningún presidente estadounidense en la historia reciente ha estado exento de crímenes de guerra y, en un sistema global justo, muchos exfuncionarios de Estados Unidos enfrentarían responsabilidades. Figuras como el secretario de Estado Antony Blinken, el expresidente Barack Obama, la exsecretaria de Estado Hillary Clinton, el expresidente George W. Bush y el exvicepresidente Dick Cheney, entre otros, han desempeñado roles en políticas que pueden ser objeto de procesamiento conforme al derecho internacional. Algunos funcionarios, como Marco Rubio, son lo suficientemente jóvenes como para que, en algún momento, puedan presenciar la realización de tal rendición de cuentas.

Más allá de las implicaciones morales y legales de la propuesta de Trump, su viabilidad es prácticamente nula. Cualquier individuo o grupo que respalde tal idea se adentra en una fantasía. Trump ha propuesto recortes drásticos a la ayuda exterior, incluyendo la financiación de operaciones de inteligencia y despliegues militares. Además, ha expresado la intención de retirar las tropas estadounidenses de Siria e incluso ha sugerido reducir la presencia militar en Europa. Con estas prioridades en mente, resulta inverosímil pensar que su administración emprendería una ocupación militar a gran escala de Gaza.

De manera similar, la idea de que los palestinos puedan ser reubicados a la fuerza en Egipto o Jordania —y que los estados árabes financien la construcción de asentamientos para ellos— es igualmente irreal. Tanto la Liga Árabe como el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) han rechazado de forma categórica tales propuestas, reconociéndolas como políticamente y moralmente indefendibles. La proposición equivale, en esencia, a solicitar a las naciones árabes que financien la limpieza étnica de los palestinos, mientras Estados Unidos e Israel se apropian de los territorios de Gaza, transforman su litoral en complejos turísticos y explotan sus reservas de gas natural en alta mar. Como contraprestación, los estados árabes se verían condenados a una desestabilización a largo plazo, a una crisis de refugiados y a la hostilidad continua de sus propias poblaciones. Ningún actor racional aceptaría tal acuerdo, y, de hecho, ninguno lo ha hecho.

En última instancia, este escenario no constituye una propuesta política seria, sino una mera demostración de posturas retóricas. Solo aquellos profundamente desconectados de las realidades geopolíticas podrían tomar tales afirmaciones al pie de la letra. El orden global ha

cambiado, y Estados Unidos ya no ostenta el poder ilimitado para implementar políticas de esta índole. Cualquier persistente creencia en la omnipotencia estadounidense se basa más en equívocos históricos que en la realidad actual.

Trump, Gaza y la política del poder financiero

El asunto más crítico consiste en comprender las fuerzas estructurales que configuran la retórica política y la toma de decisiones. Las declaraciones recientes de Donald Trump respecto a Gaza no encarnan una agenda política concreta; más bien, funcionan como tácticas de negociación o como una deliberada estrategia de distracción. Interpretar sus palabras de manera literal oscurece las realidades materiales que impulsan su comportamiento político.

Las marcadas disparidades financieras entre Israel y los estados del Golfo evidencian con claridad las prioridades económicas que forman la política de Trump. Este contraste no solo subraya la asimetría en recursos económicos, sino que también pone de manifiesto las divergentes escalas de influencia financiera entre los actores clave de la región. Los recursos financieros controlados por Arabia Saudita y los Emiratos ascienden a billones de dólares, eclipsando la influencia económica de Israel. Incluso al analizar la economía israelí en su conjunto, su producto interno bruto (PIB) constituye apenas una fracción del capital controlado por el CCG. Además, alrededor del 60 % del PIB de Israel se financia mediante deuda, lo que subraya aún más su dependencia financiera. Dentro de este marco, los intereses estratégicos de Trump se inclinan de manera abrumadora hacia los estados del Golfo y no hacia Israel.

Inversión, Ambigüedad y Poder

El único elemento de las declaraciones recientes de Trump que posee un peso sustantivo es el relativo a la reconstrucción de Gaza. Su mención de la “propiedad” estadounidense sobre Gaza no implica un control directo de EE. UU.; más bien, se trata de un intento de asegurar participaciones financieras para él y sus asociados en proyectos de desarrollo posteriores al conflicto. Su objetivo más amplio se alinea con los intereses de los financieros del Golfo, que buscan una expansión económica en la región. Trump visualiza una participación en la reconstrucción de Gaza, potencialmente mediante proyectos inmobiliarios de marca —como una “Trump Tower” o un resort de lujo en la costa de Gaza—. La rentabilidad sigue siendo su principal preocupación, y la estabilidad en la región se erige como una condición indispensable para la inversión.

Trump empleó deliberadamente un lenguaje ambiguo durante su conferencia de prensa conjunta con Netanyahu. Esta vaguedad permitió que distintos públicos interpretaran sus declaraciones de formas que se ajustaban a sus propias perspectivas. Las facciones sionistas interpretaron sus palabras como un aval a las transferencias forzadas de población, mientras que otros las entendieron como un llamado a la asistencia humanitaria. Cabe destacar que, en ningún momento de la conferencia oficial, Trump instó explícitamente a la expulsión de los palestinos hacia estados vecinos. En lugar de ello, sugirió que los actores regionales “construyan espacios” donde los palestinos pudieran vivir en seguridad. Esta formulación se

alineada estrechamente con los planes en curso del Consejo de Cooperación del Golfo para desarrollar infraestructura en Gaza, en vez de facilitar un desplazamiento masivo hacia Egipto o Jordania.

Las declaraciones de Trump sobre la crisis humanitaria en Gaza merecen también un examen minucioso. Reiteradamente, enfatizó el sufrimiento de la población palestina, condenando la violencia indiscriminada que esta sufre. Mientras pronunciaba tales palabras, Netanyahu—ampliamente señalado como responsable de estas acciones—se encontraba a su lado. El contraste entre la retórica de Trump y la presencia de Netanyahu creó una evidente contradicción visual. Trump describió a los palestinos como un “pueblo maravilloso” que había construido una civilización, reforzando así su legitimidad histórica y su derecho a vivir en paz. La incomodidad de Netanyahu se hizo patente a lo largo del intercambio.

Estas declaraciones reflejan más que una mera postura retórica. Trump desempeñó un papel central en el establecimiento de los Acuerdos de Abraham², considerándolos uno de los logros diplomáticos clave de su administración. Probablemente, percibe las recientes acciones de Israel como una traición a ese marco diplomático. Su hostilidad personal hacia Netanyahu—ampliamente documentada por quienes han colaborado con ambos líderes—refuerza aún más esta dinámica.

En última instancia, las declaraciones de Trump no constituyen un marco político concreto, sino más bien una estrategia calculada dentro de una estructura financiera y política más amplia. Su retórica no emana de convicciones ideológicas, sino de las imperativas económicas que rigen su toma de decisiones. Comprender esta realidad exige trascender un análisis superficial del discurso político para examinar, en cambio, las fuerzas materiales que configuran las relaciones de poder a nivel global.

Muchos observadores señalan a Miriam Adelson, la donante sionista que aportó alrededor de 140 millones de dólares a la campaña de Donald Trump (CBS News, 2025), como evidencia de que Trump ha sido “comprado” políticamente por intereses sionistas. Sin embargo, esta perspectiva deja de lado una relación financiera de mucho mayor trascendencia. Arabia Saudita invirtió 2.000 millones de dólares en Affinity Partners, la firma de inversiones que administra el yerno de Trump, Jared Kushner (Arabian Post, 2024). Esta disparidad en la influencia financiera resalta las dinámicas de poder fundamentales que se encuentran en juego. La contribución de Adelson pudo haber asegurado gestos retóricos, como la sugerencia de Trump de que se expulsara a los palestinos de Gaza—una idea que él comprende perfectamente será rechazada. En contraste, la inversión saudí garantiza un alineamiento sustantivo en las políticas, particularmente en lo que respecta al futuro de Palestina.

² Pactos de normalización establecidos a partir de 2020 entre Israel y varios países árabes, incluidos Emiratos Árabes Unidos, Bahrein, Marruecos y Sudán. Estos acuerdos han contribuido a redefinir las alianzas tradicionales en el Medio Oriente, promoviendo la cooperación en áreas de seguridad, economía y tecnología en un contexto de tensiones regionales y rivalidades, especialmente frente a la influencia de Irán. La administración de Donald Trump desempeñó un papel significativo al impulsar estos acuerdos mediante el uso de incentivos económicos y estrategias diplomáticas que facilitaron la superación de antiguos obstáculos, reflejando una reconfiguración de la política exterior en la región.

La postura de Arabia Saudita respecto a Palestina se ha mantenido inalterable durante más de dos décadas. Desde la Iniciativa de Paz Árabe de 2002³, Riad ha abogado de forma constante por el establecimiento de un estado palestino. Los diplomáticos saudíes han perseguido activamente este objetivo, desplegando campañas diplomáticas y económicas de gran envergadura en Europa y más allá. Las acciones de Israel desde el 7 de octubre han acelerado el impulso global a favor de esta iniciativa, haciendo cada vez más inevitable la creación de un estado palestino.

La reconstrucción de Gaza y la reconfiguración del poder regional

Algunos comentaristas han especulado sobre las reservas de gas natural en alta mar de Gaza, implicando que los recientes acontecimientos han despertado un nuevo interés en estos recursos. Sin embargo, estos campos de gas han sido objeto de estudio y documentación durante años, y ya existen acuerdos legales que regulan su extracción. La Autoridad Palestina (AP) mantiene el control formal sobre estos recursos, no Israel ni Hamas. Es previsible que cualquier acuerdo político posterior al conflicto en Gaza contemple el retorno de la AP como autoridad gobernante. Aunque el actual presidente de la AP, Mahmoud Abbas, quizá no supervise personalmente esta transición, la propia AP recuperará el control administrativo, mientras que Hamas, por el contrario, será quizás desarmada y desmantelada, allanando el camino para una reconstrucción a gran escala.

China se mantiene como un potencial actor clave en el proceso de reconstrucción. Dada su experiencia en proyectos de infraestructura de gran magnitud, Beijing podría ser reclutada, si no como desarrolladora principal, al menos como un importante accionista. No obstante, Egipto también se posiciona para desempeñar un rol central, tanto en el ámbito político como logístico. El Cairo probablemente asumirá gran parte de la responsabilidad en los esfuerzos de reconstrucción, colaborando con financieros del Golfo y otros inversores secundarios, entre los que se cuentan Turquía y, potencialmente, China.

Sin embargo, Arabia Saudita y sus aliados del Golfo se muestran reacios a invertir en la reconstrucción de Gaza sin garantías sobre la creación de un estado palestino. Han dejado en claro que no comprometerán miles de millones de dólares en los esfuerzos de reconstrucción solo para que Israel lance otra campaña militar y destruya los avances logrados. Por ello, Riad demanda, ya sea el establecimiento oficial de un estado palestino o la firma de un acuerdo formal que garantice su futura creación, antes de que se inicien los trabajos de reconstrucción.

La reciente retórica de Trump puede constituir un intento por presionar a los estados del Golfo a adelantar de inmediato los esfuerzos de reconstrucción—antes de asegurar un acuerdo de estadidad. Su afirmación de que Estados Unidos “tomará el control de Gaza” y expulsará a los palestinos no es más que un farol. El mensaje a los estados del Golfo es

³ La Iniciativa de Paz Árabe de 2002 es una propuesta adoptada por la Liga Árabe en la cumbre de Beirut, en la que se ofrecía la normalización de relaciones entre los países árabes e Israel a cambio de que éste se retirase de los territorios ocupados en 1967 y se implementara una solución justa al problema de los refugiados palestinos.

inequívoco: si no actúan ahora, nosotros lo haremos, y perderán el control sobre el proceso. Sin embargo, tal amenaza carece de credibilidad, ya que Trump no posee ni la intención ni el capital político para financiar la reconstrucción de Gaza, ni mucho menos desplegar tropas estadounidenses para ocupar el territorio.

Por otra parte, en Gaza ya operan contratistas militares privados en lugar de fuerzas militares estadounidenses. Se ha informado que Erik Prince, fundador de Blackwater, ha posicionado mercenarios en la región (Landay & Roston, 2025). Aunque muchos presentan a estas fuerzas como una compañía militar privada estadounidense, en realidad Prince actúa bajo la dirección de los Emiratos Arabes. Esto refuerza la medida en que son los estados del Golfo—y no Washington—quienes están configurando el desarrollo de los acontecimientos sobre el terreno.

El primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu, parece desconocer hasta qué punto han cambiado las estructuras de poder global. Su reciente discurso ante el Congreso de Estados Unidos evidenció una profunda desconexión con la realidad geopolítica. Continúa operando bajo la presunción de que Estados Unidos conserva el mismo nivel de dominio que disfrutaba en los años noventa y que Israel ostenta la misma posición privilegiada en el cálculo estratégico de Washington. Sin embargo, tanto Estados Unidos como Israel han perdido parte de la influencia que una vez detentaron. El panorama global y regional en transformación sugiere que el futuro político de Netanyahu es cada vez más incierto. Las elecciones israelíes parecen inminentes, y todos los indicadores apuntan a su eventual derrota.

El partido político de Naftali Bennett parece encaminado hacia el éxito electoral en Israel, y el propio Bennett mantiene estrechos vínculos con El Consejo de Cooperación para los Estados Árabes del Golfo, particularmente con los Emiratos Árabes Unidos. Funcionarios emiratíes han cultivado relaciones con un amplio espectro de políticos de la oposición israelí, entre ellos Bennett. Su reciente visita a Abu Dabi a finales de enero subraya este compromiso constante. Las aspiraciones políticas actuales de Netanyahu se asemejan a un caso clásico de exceso de confianza delirante—similar a los instantes finales de la película *Goodfellas*, en los que el protagonista cree estar a punto de alcanzar su objetivo supremo, solo para descubrir demasiado tarde que ha caído en una trampa. Netanyahu puede asumir que es capaz de consolidar el poder e imponer su voluntad, pero los cambios en el escenario regional y global indican que su influencia se está reduciendo rápidamente.

Un tema crítico en la reconstrucción postbélica de Gaza es el desplazamiento de su población. Con barrios enteros e infraestructuras destruidos, surge una cuestión fundamental: ¿dónde residirán los habitantes de Gaza durante el proceso de reconstrucción? Este es un problema legítimo. La Franja de Gaza ha sido casi completamente arrasada, dejando pocas opciones viables para un reasentamiento temporal. Jordania, por ejemplo, podría verse sometida a una significativa presión externa para acoger a los palestinos desplazados bajo el pretexto de una necesidad humanitaria. Sin embargo, Amán probablemente impondría condiciones estrictas a cualquier arreglo de este tipo, garantizando en particular el derecho al retorno de los palestinos una vez finalizada la reconstrucción. Si bien Jordania podría sucumbir a la presión internacional, la probabilidad de ello es baja. Las dinámicas

geopolíticas en evolución favorecen de manera contundente el retorno de los palestinos a Gaza, independientemente de los desplazamientos a corto plazo. Ni Estados Unidos ni Israel poseen la influencia necesaria para impedir este desenlace.

Reflexiones

La pauta de la reacción pública ante la retórica de Trump —especialmente entre analistas y comentaristas— evidencia un reiterado fracaso para distinguir entre propaganda y política sustantiva. Muchos observadores reaccionan de forma impulsiva a los titulares, amplificando con ello la desinformación. Un examen crítico de su trayectoria revela un patrón claro: con frecuencia formula declaraciones grandilocuentes que nunca se concretan. Su administración, por ejemplo, afirmó repetidamente que México pagaría por un muro fronterizo, promesa que jamás se cumplió. De modo similar, sus declaraciones pasadas sobre la adquisición de Groenlandia, la anexión de partes de Canadá o la imposición de control militar sobre Panamá resultaron infundadas. Su más reciente sugerencia respecto a Gaza sigue este mismo patrón: la noción de que Estados Unidos “tomará el control de Gaza” no constituye una propuesta política concreta, sino una artimaña retórica destinada a presionar a los estados del Golfo para acelerar los esfuerzos de reconstrucción.

El declive general de la influencia estadounidense socava aún más la credibilidad de tales amenazas. Durante los últimos 15 meses, las dinámicas de poder en la región han experimentado cambios considerables. Estados Unidos ha tenido dificultades para imponer su voluntad, mientras que actores regionales —incluidos Irán, Egipto y Arabia Saudita— se han alineado cada vez más en marcos como los BRICS. Si Washington no logró implementar el desplazamiento forzado de palestinos en noviembre de 2023, a pesar de contar en aquel entonces con una posición relativamente ventajosa, la probabilidad de alcanzar tal resultado ahora —tras una prolongada indignación global y realineamientos diplomáticos— se ha reducido aún más. La premisa de que un hegemon asediado y en declive pueda dictar unilateralmente el destino de la población de Gaza no resiste un examen riguroso.

La reciente actividad de Trump en las redes sociales ilustra de manera elocuente el cambio en el panorama. Compartió un video del economista Jeffrey Sachs, en el que se condena el papel de Netanyahu al haber empujado a Estados Unidos hacia guerras innecesarias y al contribuir a la desestabilización de la región. La respuesta de la base política de Trump fue reveladora: la mayoría de los comentarios de sus seguidores expresaron una férrea oposición a Netanyahu, a Israel y a AIPAC, evidenciando la creciente desconexión entre el electorado conservador estadounidense y los tradicionales esfuerzos de lobby proisraelí. Netanyahu parece ser el único actor político que aún mantiene la creencia de que el respaldo de Estados Unidos a la política israelí sigue siendo inquebrantable. En realidad, tanto el sentir público como las realidades geopolíticas indican que sus supuestos resultan fundamentalmente erróneos.

En definitiva, la retórica de Trump—lejos de ser una propuesta política genuina—revela la persistencia de un discurso arcaico que busca aferrarse a la ilusión de una hegemonía estadounidense irrefutable. La evidencia empírica demuestra que el poder ya no se ejerce de

forma unilateral, sino a través de complejas redes de intereses económicos y políticos en un mundo cada vez más multipolar. Este escenario nos invita a replantear la noción misma de poder, reconociendo que la supremacía unidireccional es un mito anacrónico que se disuelve frente a la ineludible transformación de las dinámicas globales.

Bibliografía

Arabian Post. (Diciembre, 2024). Kushner's affinity partners secures \$1.5 billion from Middle Eastern investors.

<https://medium.com/arabianpost/kushners-affinity-partners-secures-1-5-billion-from-middle-eastern-investors-4b4c5df89cb0>

CBS News. (Noviembre, 2024). *Trump's megadonors fueling his 2024 election run*. CBS News. from <https://www.cbsnews.com/news/trump-megadonors-2024-election/>

Landay, J., & Roston, A. (2025, January 31). Gaza checkpoint to be staffed by scores of armed American contractors. Reuters.

<https://www.reuters.com/world/inside-us-security-firms-risky-gaza-mission-2025-01-30/>